

CAPÍTULO PRIMERO

EL OBJETO DE LA PSICOLOGIA

La psicología es la ciencia de la vida mental, tanto de sus fenómenos como de sus condiciones. Los fenómenos son objetos como los que llamamos sentimientos, deseos, conocimientos, razonamientos, decisiones, y así sucesivamente; y superficialmente considerados, su variedad y complejidad es tal, que dejan una impresión caótica en el observador. La manera más natural, y por consiguiente más inmediata de unificar el material, es, primeramente, clasificarlo lo mejor que sea posible, y, en segundo lugar, afiliar los diversos modos mentales así descubiertos en una simple entidad, el alma personal, de la cual se consideran como otras tantas manifestaciones facultativas. Ahora, por ejemplo, el alma manifiesta su facultad de memoria, luego de razonamiento, tan pronto de volición como de imaginación o de apetito. Esta es la teoría ortodoxa "espiritualista" del escolasticismo y del sentido común. Otra manera menos obvia de unificar el caos es buscar el elemento común en los diversos hechos mentales más bien que en un agente común oculto detrás de ellos, y explicarlos constructivamente por las varias formas de coordinación de estos elementos, como uno explícita las casas por las piedras y por los ladrillos. Las escuelas *asociacionistas* de Herbart, en Alemania, y de Hume, los dos Mill y Bain, en Inglaterra, han construido así *una psicología sin alma*, tomando ideas separadas, confusas o vivas, y mostrando, cómo, por sus cohesionese, repulsiones y formas de cohesión pueden engendrarse cosas como las reminiscencias, percepciones, emociones, voliciones, pasiones, teorías y todos los demás materiales del espíritu de un individuo. El mismo yo o *ego* del individuo ya no llega a ser considerado de esta manera como el origen preexistente de las representaciones, sino más bien como su último y más complicado fruto.

Ahora bien: si nos esforzamos rigurosamente por simplificar

Los fenómenos de cualquiera de estos modos, pronto nos damos cuenta de los inconvenientes de nuestro método. De cualquier conocimiento o recuerdo particular, por ejemplo, se da cuenta en la teoría del alma refiriéndolo a las facultades espirituales del conocimiento o de la memoria. Estas facultades mismas son consideradas como propiedades absolutas del alma; esto es, para tomar el caso de la memoria, no se da razón alguna por la que podamos recordar un hecho como sucedido, a no ser que el recordar constituye la esencia de nuestra facultad recordativa. Podemos, como espiritualistas, tratar de explicar nuestros defectos y dispartes de memoria por causas secundarias. Pero sus *causalidades* no pueden invocar factores a no ser la existencia de ciertas cosas objetivas para recordarse, por una parte, y nuestra facultad de memoria por otra. Cuando, por ejemplo, yo recuerdo el día de mi graduación y reviso todos sus incidentes y emociones, ninguna causa mecánica puede explicar este proceso, ni análisis alguno puede reducirlo a términos inferiores, o hacer que su naturaleza parezca otra cosa que un dato definitivo, que, ya revelemos o no su misterio, debe considerarse simplemente como concedido si hemos de psicologizar. Aunque el asociacionista puede representar las ideas actuales como acumulándose y clasificándose, todavía (insiste el espiritualista) ha de admitir al fin que *algo*, sea el cerebro, sean las "ideas", sean las "asociaciones", *conoce* el tiempo pasado como pasado, y lo llena con éste o aquel acontecimiento. Y cuando el espiritualista llama a la memoria una "facultad irreductible", no dice más de lo que concede ya esta admisión del asociacionista.

Y sin embargo, la admisión está lejos de ser una simplificación satisfactoria de los hechos concretos. Puesto que ¿por qué esta facultad absolutamente dada por Dios había de conservar mucho mejor los acontecimientos de ayer que los del año pasado, y mejor que nada, los de hace una hora? ¿Por qué, además, en la vejez se han de evocar con más nitidez los sucesos de la infancia? ¿Por qué la enfermedad y la fatiga la han de debilitar? ¿Por qué, repitiendo una experiencia, hemos de reforzar nuestro recuerdo? ¿Por qué las drogas, las fiebres, la asfixia y la excitación han de resucitar cosas largo tiempo ha olvidadas? Si nos contentamos con afirmar únicamente que la facultad de la memoria está tan peculiarmente constituida por la naturaleza que muestra precisamente estas particularidades, lo mejor que podemos hacer es haberla invocado, porque nuestra explicación se hace tan complicada como la de los hechos oscuros con los cuales nos debatimos. Por otra parte, hay algo grotesco e irracional en la suposición de que el alma está proveída de facultades elementales de una manera tan ingenuamente intrínseca. ¿Por qué nuestra memoria se inclina más fácilmente a lo inmediato que a lo remoto? ¿Por qué ha de perder sus adquisiciones

de nombres propios más pronto que la de los nombres abstractos? Tales particularidades parecen casi fantásticas: y deberían ser, en cuanto podemos decidir *a priori*, precisamente lo contrario de lo que son. Evidentemente, pues, *la facultad no existe en absoluto, sino que obra bajo ciertas condiciones, y la cuestión de las condiciones llega a ser la tarea más interesante para el psicólogo.*

Por firmemente que puedan estar unidas el alma y su facultad rememorativa, debe reconocer que ésta nunca ejerce la última sin anuncio, y que algo debe preceder siempre y *recordamos* todo lo que hemos de recordar. "Una idea, dice el asociacionista; una idea asociada con la cosa recordada; y esto explica también por qué las cosas repetidamente ocurridas se recuerdan más fácilmente, porque las cosas asociadas en varias ocasiones suministran otras tantas introducciones de renovación". Pero esto no explica los efectos de la fiebre, del agotamiento, del hipnotismo, de la ancianidad y de todo lo demás. Y en general, la opinión del asociacionista puro sobre nuestra vida mental, es casi tan descaminada como la del espiritualista puro. Existe una multitud de ideas, existente absolutamente, aunque juntándose y tejiendo un interminable tapiz por sí mismas, como dominios en cambio incesante, o los fragmentos de vidrio en un caleidoscopio. ¿De dónde extraen sus fantásticas leyes de unión y por qué se unen precisamente en las mismas formas con que lo hacen?

Por esto el asociacionista debe introducir el orden de la experiencia en el mundo exterior. La danza de las ideas es una copia algo mutilada y alterada del orden de los fenómenos. Pero la reflexión más ligera demuestra que los fenómenos no tienen absolutamente poder para influenciar nuestras ideas, hasta que han impresionado por vez primera nuestros sentidos y nuestro cerebro. La simple existencia de un hecho pasado no es motivo para que lo recordemos. A menos que lo hayamos visto, o sepamos de qué modo se *ha verificado*, nunca sabremos por qué ha ocurrido. Las experiencias del cuerpo son, pues, una de las condiciones de que sea la facultad de la memoria lo que es. Y un pequeño esfuerzo de reflexión sobre los hechos demuestra que una parte del cuerpo, a saber, el cerebro, es la parte cuyas experiencias están directamente interesadas. Si se corta la comunicación nerviosa entre el cerebro y otras partes, las experiencias de estas otras partes no son existentes para el espíritu. El ojo es ciego, el oído sordo, la mano insensible y privada de movimiento. Y a la inversa, si el cerebro es lesionado, la conciencia queda abolida o alterada, aunque cualquier otro órgano del cuerpo esté dispuesto a realizar su función normal. Un golpe en la cabeza, una sustracción repentina de la sangre, la presión de una hemorragia apopléctica, pueden producir el primer efecto; unas pocas onzas de alcohol o gramos de opio o haschich, o una boca-

nada de cloroformo o gas nítrógeno, seguramente producen el segundo efecto. El delirio, la alteración de la demencia, son debidos a materias extrañas que circulan por el cerebro, o a los cambios patológicos en la substancia de ese órgano. El hecho de que el cerebro es la única condición inmediata y corporal de las operaciones mentales, es una verdad tan universalmente admitida en la actualidad, que no necesita gastar más tiempo en explicarla, sino que simplemente lo establezco y continúo. Todo lo restante del libro será, en mayor o menor escala, una prueba de que el postulado fué legítimo.

Por consiguiente, las experiencias corporales, y más particularmente las experiencias cerebrales, deben ocupar un lugar entre estas condiciones de la vida mental, de las cuales trítá necesariamente la psicología. *El espiritualista y el asociacionista deben ser ambos "cerebralistas"*, hasta el punto de admitir, al menos, que ciertas particularidades en la manera de obrar de sus propios principios favoritos, sólo son explicables por el hecho de que las leyes del cerebro son un codeterminante del resultado. Nuestra primera conclusión es, pues, que debe presuponerse o incluirse en la psicología cierta cantidad de fisiología cerebral (1).

Todavía de otra manera se ve forzado el psicólogo a ser algo así como un fisiólogo de los nervios. Los fenómenos mentales no sólo están condicionados a *parte ante* por los procesos corporales; sino que llevan a ellos a *parte post*. Que llevan a *actos* es naturalmente la más familiar de las verdades, pero no quiero significar solamente actos en el sentido de realizaciones musculares voluntarias y deliberadas. Los estados mentales ocasionan también cambios en el calibre de los vasos sanguíneos, o alteración en las palpitaciones del corazón, o procesos más sutiles todavía, en las glándulas y en la víscera. Si éstas se toman en cuenta, así como los actos que siguen en algún *período remoto*, porque una vez tuvo lugar allí el estado mental, será muy oportuno sentar la ley general de que *no ocurre modificación mental alguna que no vaya acompañada o seguida de un cambio corporal*. Las ideas y los sentimientos, por ejemplo, que estos actuales caracteres impresos excitan en el espíritu del lector, no sólo ocasionan movimientos de sus ojos e incipientes movimientos de articulaciones en él, sino que algún día le harán hablar, o tomar parte en una discusión, o dar un consejo, o escoger un libro para leer, de distinto modo de lo que hubiera ocurrido si nunca hubieran impresionado su retina. Nuestra psicología debe tener en cuenta, por consiguiente, no sólo las condiciones antecedentes a los estados mentales, sino sus resultantes consecuencias.

(1) Cf. Ladd: *Elements of Physiological Psychology*, parte III, capítulo III, § 9 y 12.

Pero las acciones originalmente provocadas por la inteligencia consciente pueden llegar a ser tan automáticas por el influjo del hábito, que parezcan inconscientemente realizadas. El estar en pie, el caminar, el abrocharse y desbrocharse, el tocar el piano, el hablar, y aun el decir las oraciones: todas estas cosas pueden hacerse cuando el espíritu está absorto en otras cosas. Los actos del instinto animal parecen semiautomáticos, y los *actos reflejos* de la propia conservación lo son indudablemente. Sin embargo, se asemejan a los actos inteligentes en tener la mira puesta en los *misimos fines* a los cuales la conciencia de los animales, en otras ocasiones, aspira deliberadamente. ¿Debe incluirse en la psicología el estudio de actos maquinales, aunque intencionales, como éstos?

La línea límite de lo mental es ciertamente muy vaga. Es mejor no ser pedante y dejar a la ciencia ser tan vaga como su asunto e incluir fenómenos como éstos, si por hacerlo así podemos derramar alguna luz sobre las cuestiones principales que tenemos entre manos. Confío en que no pasará mucho tiempo sin que podamos hacerlo y en que ganemos mucho más por una concepción amplia que por una concepción estrecha de nuestro asunto. En cierto estadio del desenvolvimiento de toda ciencia, un grado de vaguedad es lo que mejor coexiste con la fertilidad. En general, pocas fórmulas recientes han hecho más servicio real en términos generales que la spenceriana: que la esencia de la vida mental y de la vida corpórea son idénticas: o sea: "la adaptación de lo interior a las relaciones exteriores". Tal fórmula es la vaguedad encarnada; pero, porque tiene en cuenta el hecho de que los espíritus residen en ambientes que obran sobre ellos y sobre los cuales a su vez reaccionan; porque, en suma, toma el espíritu en medio de todas sus relaciones concretas, es inmensamente más fértil que la "psicología racional" a la antigua usanza, que consideraba el alma como un ser separado existente, suficiente a sí mismo, y se proponía considerar sólo su naturaleza y sus propiedades. Por consiguiente, tendré libertad para hacer cualquier excursión a los dominios de la zoología o de la pura fisiología de los nervios, que pueda parecer instructiva para nuestros fines; en el caso contrario, dejaré estas ciencias a los fisiólogos.

¿Podemos afirmar más resueltamente todavía la manera con que la vida mental parece intervenir entre las impresiones dadas sin el concurso del cuerpo y las reacciones del cuerpo sobre el mundo exterior? Consideremos algunos hechos:

Si algunas limaduras de hierro se esparcen sobre una mesa y un imán las aproxima, saltarán por el aire a cierta distancia y se hincarán en la superficie de la mesa. Un salvaje que vea el fenómeno lo explica como el resultado de una atracción o amor entre el imán y las limaduras de hierro. Pero haced que un naipe cubra los polos del imán, y las limaduras se oprimarán para siempre contra

su superficie, sin que jamás se les ocurra pasar por los lados y ponerse así en contacto directo con el objeto de su amor. Soplad burbujas por un tubo en el seno de un cubo de agua, y se elevarán a la superficie y se mezclarán con el aire. Su acción puede también interpretarse poéticamente como debida a un anhelo de recombinarse con la madre-atmósfera en la superficie. Pero si vertéis un jarro lleno de agua sobre el cubo, ascenderán y permanecerán alojados en el fondo. Se unen en el aire exterior aunque una ligera defecación de su curso al principio, o un descenso hacia el borde del jarro cuando encontraron impedido su curso hacia arriba, fácilmente las hubiera puesto en libertad.

Si ahora pasamos de acciones como éstas a las de las cosas vivientes, notamos una diferencia notable. Romeo ama a Julieta como las limaduras aman al imán; y si no interviene obstáculo alguno se muere hacia ella en una dirección tan rectilínea como aquellas. Pero Romeo y Julieta, si entre ellos se eleva un muro, no se quedan idiotamente oprimiendo sus rostros contra sus lados opuestos, como el imán y las limaduras con el naipe. Romeo pronto encuentra el camino tortuoso, escalando el muro, o de otro modo, para besar directamente los labios de Julieta. Para las limaduras está señalado el camino; que alcance el fin, depende de cosas accidentales. Para el amante, lo que está señalado es el fin; el camino puede modificarse indefinidamente.

Suponed una rama viviente en la posición en que colocamos término burbujando a nado hacia arriba. Pero si un jarro lleno de agua se vierte sobre ella, no oprimirá perpetuamente, como las burbujas, su hocico contra su techo recio, sino que explorará sin descanso lo que le rodea, hasta que al descender de nuevo ha descubierto un sendero alrededor de su borde que está al alcance de sus deseos. ¡De nuevo el fin fijado y los medios variantes!

Tales contrastes entre las acciones vivientes y las inanimadas acaban por llevar a los hombres a negar que en el mundo físico existan las intenciones finales. Amores y deseos no se imputan hoy ya a partículas de hierro o de aire. Nadie supone ahora que el fin de cualquier actividad que podamos desplegar es un fin ideal que preside a la actividad desde un principio, y que la solicita o la arrastra al ser por una especie de *vis a fronte*. El fin, por el contrario, se juzga un mero resultado pasivo, impedido al ser *a tergo*, no habiendo tenido, por decirlo así, voz ni voto en su propia producción. Altered las preexistentes condiciones, y con materiales inorgánicos realizad cada vez un fin diverso en apariencia. Pero en agentes inteligentes, alterando las condiciones cambia la actividad atmósfera-madre, y tomará el camino más corto para llegar a su nuestras burbujas de aire, a saber, en el fondo de un jarro de agua. La necesidad de respiración pronto le hará también reunirse a la

desplegada, pero no el fin conseguido; porque aquí la idea del fin aún irrealizado coopera con las condiciones a determinar a lo que serán las actividades.

La persecución de fines futuros y la elección de medios para su consecución son, pues, la señal y el criterio de la presencia de la mentalidad en un fenómeno. Todos nosotros usamos esta piedra de toque, para distinguir entre una acción inteligente y una acción mecánica. No atribuimos mentalidad a los ladrillos y a las piedras, porque nunca parecen moverse *en razón* de algo, sino que siempre lo hacen cuando son impulsados, y entonces indiferentemente y con ninguna señal de elección. Así los llamamos insensibles sin vacilar.

Precisamente así formamos nuestras decisiones en el más profundo de todos los problemas filosóficos. ¿Es el Cosmos una expresión de la inteligencia racional en su naturaleza íntima, o un hecho brutal y eterno, puro y simple? Si nos encontramos a nosotros mismos, al contemplarlo, incapaces de anular la impresión de que es un reino de designios finales, de que existe por causa de algo, colocamos en su seno la inteligencia y tenemos una religión. Si, por el contrario, al observar su irremediable flujo, podemos pensar en el presente sólo como un mero brote del pasado, que no ocurre con relación alguna al futuro, somos ateos y materialistas.

En las dilatadas discusiones que los psicólogos han entablado respecto a la suma de inteligencia desplegada por los mamíferos inferiores, o respecto a la suma de conciencia contenida en las funciones de los centros nerviosos de los reptiles, siempre se ha aplicado la misma piedra de toque: ¿Es el carácter de las acciones tal que debemos creer que se realizan *en razón* de su resultado? El resultado en cuestión, como veremos de aquí en adelante con frecuencia, es una regla útil; el animal está, en general, más seguro bajo las circunstancias que le impulsan a conseguir ese resultado. Hasta ese punto la acción tiene un carácter teleológico; pero esta teleología meramente exterior puede ser el resultado ciego de una *vis a tergo*. El desarrollo y los movimientos de plantas, los procesos de desarrollo, digestión, secreción, etc., en los animales, suministran innumerables ejemplos de acciones útiles para los individuos que pueden ser, no obstante, y la mayoría de nosotros supone que son, producidos por mecanismo automático. El fisiólogo no establece confiadamente la inteligencia consciente en la médula espinal de la rana, hasta que ha demostrado que el útil resultado que la maquinaria nerviosa produce bajo una irritación dada *permanece el mismo cuando se altera la maquinaria*. Si, para tomar el ejemplo de la mancha, la rodilla, derecha de una rana sin cabeza se irrita con el ácido, el pie derecho lo borrará. Cuando, sin embargo, se amputa este pie, el animal muchas veces alzará el pie izquierdo hasta la mancha y limpiará la parte manchada.

Pfínger's y Lewes razonan a vista de tales hechos de la siguiente manera: Si la primera reacción fuese el resultado de mera maquinaria, dicen: si esa porción irritada de la piel descargase la rodilla derecha como un gatillo de escopeta descarga su propio cañón de una bala, entonces, amputando el pie derecho, quedaría frustrada la acción de limpiarse, pero no haría moverse la rodilla *izquierda*. Resultaría simplemente que el tronco derecho se mueve por el aire vacío (que es en realidad el fenómeno algunas veces observado). El tiro derecho de cañón no hace esfuerzo para descargarse el cañón izquierdo, si el derecho es el descargado; ni una máquina eléctrica está jamás sin descanso porque sólo pueda emitir chispas, y no fundas de almohada, como una máquina de coser.

Si, por el contrario, la rodilla izquierda se moviese originalmente *con el fin* de limpiar el ácido, entonces nada es más natural que, cuando los medios más fáciles de realizar ese fin se manifestaran infructuosos, se pongan en práctica otros medios. Todo defecto debe conservarse al animal en un estado de disgusto que llevará a toda clase de nuevos intentos y proyectos; y no se producirá la tranquilidad hasta que uno de éstos, por un rasgo feliz, acabe consiguiendo el fin anhelado.

De una manera semejante, Goltz asigna la inteligencia a los lóbulos ópticos y al cerebelo de la rana. Aludimos antes a la manera con que una rana sin lesión alguna, encarcelada en agua, descubrirá una salida a la atmósfera. Goltz encontró que las ranas privadas de sus hemisferios cerebrales mostraban muchas veces una ingenuidad semejante. Esa rana, después de elevarse del fondo del cubo y de encontrar su marcha hacia arriba impedida por la campana de vidrio que se ha colocado sobre él, no persistirá en oprimir su hocico contra el obstáculo hasta que llegue la muerte o la sofocación, sino que muchas veces volverá a descender y ascender de debajo de su cubo, como si no un determinado impulso mecánico hacia arriba, sino más bien un consciente deso de aspirar el aire por un garfio o por un gancho, fuese el principal origen de su actividad. Goltz dedujo de esto que los hemisferios no son el único sitio de la inteligencia en las ranas. Hizo la misma inducción al observar que una rana privada de cerebro trasfiere su impulso desde su espalda a su barriga cuando una de sus rodillas se cose, aunque los movimientos exigidos son muy diferentes de los excitados bajo circunstancias por la misma posición molesta. Parecen determinados, por consiguiente, no únicamente por el anterior irritante, sino por el fin final; aunque el irritante es naturalmente lo que hace anhelar el fin.

Otro brillante autor alemán, Liebmann (1), arguye contra el

mecanismo del cerebro, teniendo en cuenta la acción mental, por consideraciones muy semejantes. Una máquina como esa, dice, producirá buenos resultados cuando está en buen orden, y malos resultados si está fuera del orden. Pero ambas clases de resultado derivan de sus condiciones con necesidad igualmente fatal. No podemos suponer la labor del reloj, cuya estructura lo determina fatalmente en cierto grado de la marcha, notando que esta marcha es demasiado lenta o demasiado rápida, y tratando en vano de corregirla. Su conciencia, si tiene alguna, sería tan buena como la del mejor cronómetro, porque ambos a la vez obedecen igualmente las mismas leyes mecánicas; leyes ocultas. Pero si el cerebro está fuera del orden y el hombre dice: "Dos veces cuatro son dos", en vez de: "Dos veces cuatro, ocho", o de otro modo: "Debo ir al carbón de piedra para comprar el muelle", en vez de: "Debo ir al muelle para comprar carbón de piedra", inmediatamente surge una conciencia del error. La acción mala, aunque obedece a la misma ley mecánica que la buena, está, sin embargo, condenada; condenada porque contradice la ley interior, la ley principal, el fin o ideal por el cual el cerebro *debe* obrar, sea así o no.

No necesitamos discutir aquí si estos escritores, al sacar su conclusión, han hecho justicia a todas las premisas contenidas en los casos de que tratan. Citamos sus argumentos sólo para demostrar cómo apelan al principio de que *sólo las acciones que se realizan por un fin y muestran una elección de medios, pueden denominarse expresiones indudables del espíritu*. Adoptaré, pues, este criterio, por el cual se puede circunscribir la materia de este libro en lo que cabe que entre en él en acción. Muchas acciones nerviosas no se mencionarán, por consiguiente, en razón de ser puramente fisiológicas. Ni se describirá de nuevo la anatomía del sistema nervioso y órganos del sentido. El lector encontrará en la obra de Martín: *Human Body (El Cuerpo Humano)*, en la de Ladd: *Psicología fisiológica*, y en todas las demás *Anatomías y Fisiologías* del mismo carácter, una gran masa de información que debemos considerar como preliminar y tener por concedida en la presente obra (1). Sin embargo, bueno será dar alguna ligera idea de las funciones de los hemisferios cerebrales, puesto que sirven directamente a la conciencia.

(1) Nada es más fácil que familiarizarse por sí mismo con el cerebro de los mamíferos. Coged la cabeza de un certero, una sierra pequeña, un formón, un escarpelo y un foreps (todos tres pueden conseguirse fácilmente de un practicante quirúrgico), y desvastad sus partes con el auxilio de un libro de disección humana, tal como el *Manual de anatomía* de Holden, o por las disecciones específicas dadas *ad-hoc* en libros tales como la *Fisiología práctica* de Hooper y Langley (Macmillan), o la *Anatomía y Disección comparativa de los mamíferos* (Longmans).

(1) Zur *Analysis der Wirklichkeit*, pág. 489.